



Jimena Menéndez-Pidal: Ambiente familiar y pedagógico

Jimena y los Menéndez Pidal

Fotos: Archivo Histórico
Fundación Estudio.

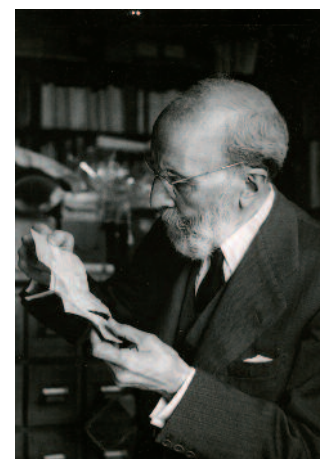
(Arriba) *Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos. 1. Tomás Navarro Tomás, 2. Amado Alonso, 3. Ramón Menéndez Pidal, 4. Homero Serís, 5. Américo Castro y 6. Felipe Morales de Setién.*

(Derecha) *Ramón Menéndez Pidal rodeado de ficheros y libros.*

*J. Antonio
Cid*

En 1911, Ramón Menéndez Pidal estuvo en Roma unas semanas para supervisar la conflictiva instalación de la Escuela Española en Piazza Navona. En el viaje le acompañó María Goyri, y Jimena, que por primera y única vez en su infancia se separó de sus padres, quedó al cuidado de sus padrinos: sus tíos paternos Juan Menéndez Pidal y Ana Cuenca Romero. En una carta del 29 de enero, Juan informaba a su hermano:

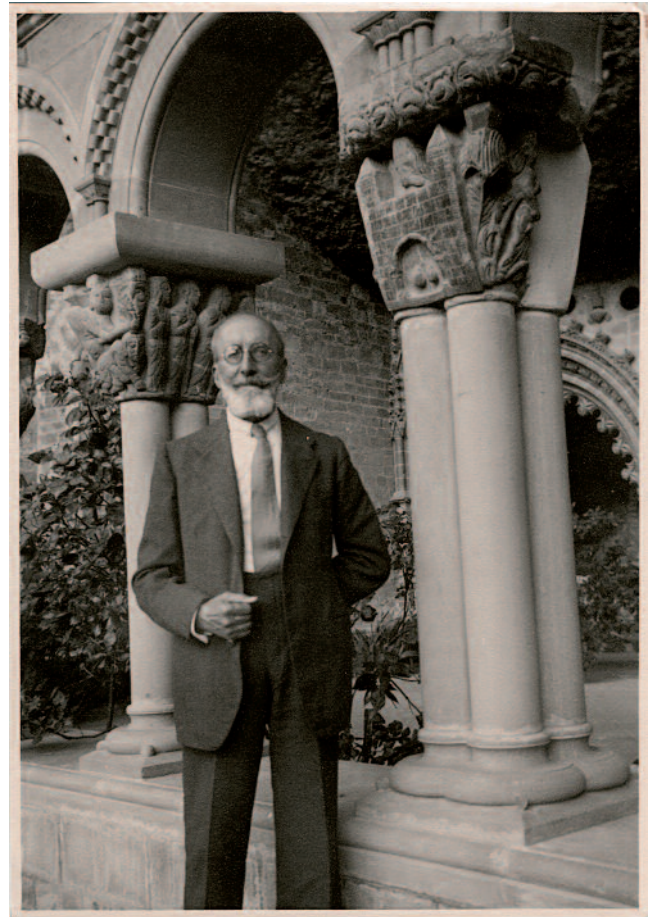
Jimenita está buena, a Dios gracias. El miércoles estuvo con Anita en casa de Alejandro [Pidal], y dentro de unos



días Dolores la llevará con Ramona, la de Luis [Menéndez Pidal] a pasear en coche a la Casa de Campo. Eso del coche la entusiasma mucho.

Estas noticias en apariencia trivialmente domésticas son, sin embargo, reveladoras de una intrahistoria y un trasfondo familiar de gran calado. A sus diez años Jimena pudo conocer todavía a Alejandro Pidal y Mon, el gran cacique conservador y perpetua bestia negra para Clarín y para la España de los liberales. Jimena se acordaba bien de su estupor ante las comidas en casa del patriarca de los Pidal, en donde el lugar preferente en la mesa lo ocupaba siempre un Obispo *in pártibus*, vestido de pontifical. Sus tíos Juan y Luis Menéndez Pidal fueron continuadores, en lo ideológico y en lo religioso, de Alejandro Pidal. El primero, archivero, poeta y periodista de combate, además de gobernador civil en varias provincias, fue también el primer editor de romances asturianos de la tradición oral moderna, afición que trasladó a su hermano Ramón. Jimena lo recordaba como empedernido fumador y tenía una memoria muy viva de las vacaciones que pasaba en Burgos junto a sus tíos Juan y Ana, parienta lejana de don Juan Valera. Luis Menéndez Pidal, pintor de tipos y escenas populares, poseía una religiosidad con tendencias místicas. A la propia Jimena oí contar una historia, casi “gótica”, sobre las circunstancias en que Luis pintó el primer cuadro que le dio fama, *El Éxtasis de San Francisco*. Luis había buscado obsesivamente un modelo para las manos del santo; lo encontró, y poco después de pintarse el cuadro supo que el modelo fue condenado a muerte por asesino, y ejecutado. El asesinato lo había cometido por estrangulamiento... con las mismas manos del San Francisco del cuadro. *Se non é vero*, etc.

Sólo tres años después, en el verano de 1914, Jimena Menéndez-Pidal tuvo una excepcional vivencia directa de la otra de las “dos Españas”. Sus padres habían recién acabado la construcción de una casa en la sierra, en San Rafael, y el primero en estrenarla como huésped fue don Francisco Giner de los Ríos. Ese verano, el último de la vida de Giner, Jimena convivió con el impulsor máximo de la Institución Libre de Enseñanza y de la Junta para Ampliación de Estudios, organismos que tanto supusieron para la renovación de la historia cultural y la educación española. La invi-



*Visita al Monasterio
de San Juan de la Peña,
5 de agosto de 1948.*

tación a don Francisco era natural: María Goyri tenía una relación antigua y estrecha con Giner, y había colaborado en sus empresas pedagógicas.

Es fácil imaginar cuál de las dos herencias familiares pesó más en el futuro intelectual de Jimena. Ramón Menéndez Pidal, en los años formativos de su hija, se había identificado abiertamente con el proyecto regenerador de Giner, y seguidores muy directos de Giner, como José Castillejo o Américo Castro, formaron pronto parte de su círculo más íntimo. Don Ramón, sin hacer ostentación de nada, en su vida personal se comportó como un liberal laico. Y sin embargo, la identificación con una determinada escuela de pensamiento o un determinado concepto de España no significa sectarismo. Don Ramón, como Jimena, intentó siempre ejercer una labor integradora, y en unos años decisivos, después de 1939, ambos trabajaron en favor de un sincretismo que no siempre fue bien interpretado. La vuelta de Jimena a la experiencia religiosa nada tenía que ver con el cristianismo excluyente de la Unión Católica de Alejandro Pidal. El rechazo de ambos, don Ramón y Jimena, a la España presuntamente unánime de los cuarenta y cincuenta no les impidió tender puentes con todo aquel que tuviera algo valioso que ofrecer, si estaba dispuesto a aceptar que los del “otro lado” eran también no sólo dignos de respeto sino necesarios. La procedencia social o ideológica tanto de los últimos discípulos de Menéndez Pidal como la del alumnado del Colegio “Estudio” en

esos años son la mejor prueba de que los puentes existían y eran efectivamente transitables.

Jimena no estuvo interesada en desarrollar una estricta labor académica, es decir de estudiosa e investigadora. Ella fue la colaboradora necesaria en la obra más difundida de don Ramón, la *Flor nueva de Romances viejos*, convertida en Antígona de la transitoria ceguera de su padre; sus mapas, estudios, y cuadros de motivos del romance *El conde Niño* nos asombran aún hoy por su

*Ramón Menéndez Pidal
posa para el escultor.*

Foto: Gonzalo Menéndez-Pidal.





perfección y meticulosidad, y son una de las joyas más apreciadas de la Fundación Menéndez Pidal; y es evidente que detrás del *Auto de Navidad* subyace un conocimiento profundo del teatro y la poesía medieval y del Siglo de Oro. Pero a diferencia de María Goyri, que sí quiso simultanear su vocación de pedagoga con la investigación filológica (aunque por circunstancias adversas tuviera que renunciar a ejercerlas plenamente), Jimena Menéndez-Pidal optó decididamente por la enseñanza, y “Estudio” fue su gran obra. Sin embargo, el poso de su ambiente familiar hizo que en su proyecto educativo estuvieran muy presentes los grandes logros e intereses de los Menéndez Pidal y de María Goyri: la España del Cid, la cuentística, el teatro medieval y clásico, el Romancero, el excursionismo... Ese trasfondo forma parte esencial de las señas de identidad de su Escuela: una tradición que ella veía como algo vivo y siempre recuperable.

Un antiguo profesor de “Estudio” sufrió el primer día en el Colegio su primer sonrojo, por la fatalidad de un apellido demasiado conspicuo en aquel ambiente. Al encontrarse con sus futuros colegas, Jimena hizo las presentaciones de manera cordial pero un tanto sorpresiva –por una veta humorística que no prodigaba demasiado– para su víctima: “Aquí tenéis al profesor Cid. Sí, Cid, para que luego digáis que no mantenemos las esencias de la casa”.

Charlton Heston, Félix Rodríguez de la Fuente y Ramón Menéndez Pidal durante el rodaje de la jura de Santa Gadea, escena de la película El Cid. Marzo de 1961.

J. Antonio Cid

Presidente de la Fundación Menéndez Pidal